

# LOS OJOS DE LUCÍA

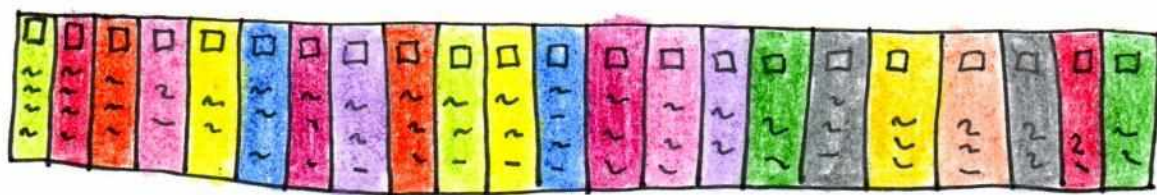
Desde que alcanzo recordar, Abuela siempre tuvo entre sus manos una libreta donde pasaba el tiempo escribiendo. Si lluvia, encontraba inspiración en el agua. Cuando lucía un sol de justicia se asomaba por la ventana y, deslumbrada por la luz,



tomaba su cuadernillo y escribía. La nieve le provenía de mil motivos para llenar de anécdotas su pequeña agenda. Cada vez que evoco su memoria me viene a la mente la visión de una gran mujer elevando páginas y más páginas de libros.

Mi madre me decía que lo hacía para entretenerse con sus recuerdos de la vida, pero mamá se equivocaba.

Abuela completó numerosas libretas, cada una de color diferente a la anterior, que ella misma numeraba como si se tratase de los tomos de una gran enciclopedia.



Quizá la última imagen que impregnó mi retina fue la de su última apoplejía caída en el suelo. Frente ella, callada y asustada mi abuela Lucía. Abuela sabía.

Sabía que el deudo quería adueñarse de su vida y robarle, uno, a uno, todos los pasajes de su historia. En casa no nos dimos cuenta y cuando el médico dio nombre a su dolencia ya era tarde para cualquier tratamiento. El mal galopaba de forma veloz y despiadada.

Tras la caída de su última libreta Abuela dejó de escribir, y en cierto modo, también de ser. Fue entonces cuando decidí arañar minutos al día, para centrarme a su lado y leer sus textos en voz alta. En esos momentos los manecillos del reloj parecían ir hacia atrás. Presa de un encantamiento me transporté a su niñez donde conocí a sus padres, y a sus mejores amigos de la infancia. Viví la utopía en su noche de Reyes donde, con una simple muñeca de trapo como regalo, se convertía en la niña más feliz del mundo. Conoció su escuela, que apenas le aportó los "cuatro reglas para manejarse en la vida..." He notado que, al escuchar estos fragmentos, abre mucho los ojos y mueve una sonrisa. Pienso que, por momentos, le roba protagonismo a su enfermedad y es su prodigiosa memoria, plasmada en cuadernos de red.

cosa, la que invade todo el espacio. Estaba convencida, y aun lo sigo estando, de que existía algo mágico en sus historias que la retuvieron más tiempo de lo previsto con nosotros.

Leí de su marido, el abuelo, un hombre severo, el cual fue el único amor de su vida. También he conocido que no le hizo la vida fácil. No cuenta grandes detalles, pero entre lo que dice y lo que calla comprendo lo mucho que sufrió -- la mayor parte hasta de sus hijos y de lo feliz que fue desde que los sintió en su vientre. El abuelo murió joven, y ella luchó para sacar a la familia a flote. ¡/ como

Buchel

¡/cuántas cosas he aprendido de mi madre y mis tíos! Me emocionó leer mi primer día de guardería y lo que lloré y lloro --- Mis suspensas con el sentido común de conducir. El esguince de Pedro; la graduación de Mue; el divorcio de tío Miguel y su segunda boda; la operación sexual que nunca entendió de mi hermano Monolo; el primer tatuaje de Naibel o aquel asallero que conoció aquel día de primavera y con el que nunca pudo llegar a más --- Sé que lucha por sucumbir pero presiento que cada vez está más lejos y temo no disponer de tiempo suficiente

para poder leerlo todo - lo que comenzó siendo algo entre dos se ha convertido en una gran reunión familiar - Tengo miedo de llegar a la última página porque pienso que la magia que ha hecho posible mantenerse con vida todo este tiempo se acabe y termine por abandonarnos

Mamá se equivocaba, y ahora conozco que así fue como comprendió antes que nadie lo que le ocurría y poco a poco pudo recopilando, uno a uno, todos los recuerdos e ilusiones que guardaba en su interior - nos dejó el mayor regalo de nuestras vidas: la historia de nuestra familia escrita.

Cuando Lucía murió, recopilé todos sus agendas, y hoy, con la misma pluma con la que ella escribía firmo: "Los ojos de Lucía" en una ajamada librería y continúo trabajando en el empeño de mantener vivo su recuerdo

